

La calle
Diario de un espectador
El *shul* de La Merced
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 17 de diciembre de 2009

Como dijimos ayer, el domingo fue reinaugurado el templo de Justo Sierra 75 en el centro de La ciudad, no lejos del monumental edificio de san Ildefonso, una de las construcciones coloniales con mayor legado universitario, proveniente de la Real y Pontificia y de la Universidad Nacional, fundada hace casi un siglo por el prócer civil cuyo nombre ostenta la calle.

A esa circunstancia se refirió Jacobo Zabłudovsky, el periodista que tuvo a su cargo dos intervenciones en el ameno programa celebratorio de la reconstrucción del *shul*, como habitante de la zona en sus mocedades. Después de al menos tres décadas como principal comunicador en la empresa de la familia Azcárraga, iniciadas cuando aun no nacía su actual razón social, Televisa, y concluidas ya bajo el imperio del tercer Emilio de aquel apellido, Zabłudovsky hace que sus lauros del periodista de medios electrónicos más escuchado en su etapa de animador de una emisión radiofónica “de una a tres” (tal es el nombre del programa) donde, según su propia confesión, ejerce una libertad de que carecía en la pantalla, según percibían millones de sus televidentes, que desconfiaban de sus informaciones en grado semejante a la credibilidad que las mismas suscitaban en otro vasto sector del público: “lo dijo Jacobo anoche”, decían como argumento de autoridad.

Arropado por el entusiasmo de antiguos vecinos y otros miembros de la comunidad azhkenazy, y de comunidades hermanas, Zabłudovsky hizo una evocación de la época en que el templo comenzó a funcionar, y a donde asistían los migrantes que fundaban ya su familia en México. Antes de su primera intervención se exhibió un video igualmente conmemorativo, se escuchó una pieza interpretada por el coro del Liceo Franco Mexicano y se admiró un número de danza. Después de la evocación inicial del periodista un grupo de actores, apenas salidos de la adolescencia escenificó una pieza llamada “este es mi lugar”, que incluyó la presencia de una simpática pareja de octogenarios que recordaron, e invitaron a recordar las bodas —la suya incluida— que tenían lugar en ese templo cuando no había otro en la ciudad de México, hace más de sesenta años. Después actuó el coro Rinah y de nuevo el del Liceo Franco Mexicano.

Aparte la discreción de los números preparados, que se realizaron con esmero evidente en el resultado, privaba en el aire gran alegría por el resurgimiento de un espacio que fue y volverá a ser lugar de encuentro, apreciado ahora no sólo como centro de los ritos de una religión milenaria, sino como joya de una cultura urbana que debe ser valorada en su justa dimensión.

Después del grato momento vivido al mediodía y antes del no menos agradecible de una comida familiar en el Casino Español, ocurrió el percance esbozado ayer y que debe ser denunciado para que no produzca efectos nocivos en otras personas como los causó en las espinillas de este espectador. Al pisar el tablón suelto que cubría una horadación,

precisamente ante la librería Porrúa, en la acera sur que corresponde al Templo mayor, la tabla se bamboleó y su movimiento hizo caer de hinojos al que escribe, cuyas piernas resultaron severamente lastimadas. Más que exigir a quien corresponda que enfrente la responsabilidad en que ha incurrido, desde aquí instamos a la autoridad a tapar en firme, aunque sea de modo provisional, hoyos como el descrito.